
DON SILVIO ZAVALA

F.V.

El 31 de marzo de 1995, el Comité mexicano del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), rindió un merecido homenaje al doctor Zavala, premio Príncipe de Asturias 1993, por su invaluable labor en favor del patrimonio cultural.

Es ampliamente conocida la huella dejada por la tenaz labor historiográfica de don Silvio, marca profunda —como lo escribió François Chevalier— que “se siente a través del continente entero”. Pocos son los temas históricos que no investigó; inclusive la historia del arte, “el único campo —en palabras de don Luis González— en el que iba a la cola”, ha sido terreno fructífero para sus estudios.

Cuatro fueron las personas, maestros y amigos, a las que les debo mi cercanía con el doctor Zavala. Los primeros fueron Luis Ortiz Macedo y Guadalupe Pérez San Vicente, quienes me acercaron al historiador durante nuestra permanencia en el Consejo del Centro Histórico de la ciudad de México.

Más tarde Elías Trabulse me condujo al mayor conocimiento de su vasto quehacer histórico, a través de su generosa orientación académica, de sus infatigables charlas y desde luego a través de la bibliografía de don Silvio, que incluye libros cercanos a mis intereses personales como el dedicado a *Una etapa en la construcción de la Catedral de México, alrededor de 1585* (1982) y *El descubrimiento colombino en el arte de los siglos XIX y XX* (1991).

Más tarde mi colaboración con Fausto Zerón-Medina en la extinta Comisión Nacional para la Preservación del Patrimonio Cultural (CONACULTA), me reveló a un don Silvio inédito: el promotor y defensor, sin concesiones, del patrimonio cultural, labor constante en sus intereses personales.

Al respecto debemos evocar su paso por la dirección del Museo Nacional de Historia y el impulso que dio para la realización de los murales didácticos que alberga el Castillo de Chapultepec: el de la Independencia, iniciado por Diego Rivera y concluido por Juan O’Gorman; el de la Reforma encargado a José Clemente Orozco; y el de la Revolución trabajado por David Alfaro Siqueiros.

En las últimas décadas el doctor Zavala desempeñó una infatigable labor en torno al patrimonio cultural: desde su preocupación ante la degradación monumental en Morelia, hasta el apoyo al quehacer del “zacatecólogo” don Federico Sescosse, además del estímulo a

la edificación en la capilla anexa a la Basílica de Nuestra Señora de la Salud en Pátzcuaro, Michoacán, del mausoleo para don Vasco de Quiroga, obra del arquitecto y también tenaz defensor patrimonial, Manuel González Galván.

Innumerables y diversas han sido sus muestras de preocupación por conservar la identidad histórica y cultural de la ciudad de México. Al igual que en los años sesenta Antonio Castro Leal se opuso al proyecto de ampliación de las centricas calles de Tacuba y Guatemala— que implicaba la destrucción de 25 monumentos arquitectónicos—, en los años noventa del siglo XX el doctor Zavala no cedió en la denuncia de los “peligrosos funcionarios” que pretendían la construcción del tren elevado y la edificación de macrotorres a lo largo del Paseo de la Reforma.

Fruto de esos afanes fue el volumen *En defensa del Paseo de la Reforma* (1997), publicado por la Universidad Iberoamericana, en el que recopiló sus artículos y ponencias publicados entre 1991 y 1995, complementados por textos alusivos de Manuel Gutiérrez Nájera y Agustín Yáñez, además de comentarios de Ramón Bonfil, Enrique Cervantes y José Luis Martínez.

Tampoco olvidemos su rigurosa revisión del proyecto presentado por la Asamblea de Representantes del Distrito Federal en 1990, para reglamentar la preservación y desarrollo de las áreas patrimoniales de la capital mexicana; ni su denuncia sobre el peligro que se corre ante “las concesiones hechas a la especulación inmobiliaria” por funcionarios “carentes de cultura”. Y mucho menos su paso por el Consejo de la Crónica, junto a Guillermo Tovar de Teresa, Carlos Fuentes, Miguel León-Portilla, Octavio Paz y Fernando Benítez, entre otros.

A lo largo de muchos años, ya sea en su casa de las Lomas, en homenajes a su labor, o bien durante breves estancias en San Miguel de Allende, el puerto de Veracruz y Xalapa, hemos conversado sobre muchos temas patrimoniales e históricos. Al final, siempre me ha recordado que los resultados que se puedan obtener en la protección del acervo histórico y monumental, deben estar siempre respaldados por una correcta fuerza jurídica, a fin de evitar la “voluntaria” destrucción de nuestra vasta herencia cultural.

Por último, sus frecuentes debates públicos, su toma de posición ante diversos asuntos históricos, políticos y culturales ocurridos en el país, nunca han pasado inadvertidos. La agudeza y tenacidad con que abordó los temas que le incumben lo mantuvieron por mucho tiempo dentro del perímetro de los —así llamados por Juan Goytisolo— “críticos solventes”. Su voz, nunca carente de argumentos, se escuchaba no sólo en el ámbito académico, sino en los más disímiles foros y durante varios años en la prensa. Desde ahí comentaba sobre “el tiempo social de errores y desgracias que envuelve a nuestra nación”.

Ahora que el doctor Silvio Zavala acaba de concluir la donación de su invaluable archivo al Instituto Nacional de Antropología e Historia, tan solo recordemos —como lo hizo en su momento la doctora Josefina Muriel—, que lo esencial en la monumental obra de este destacado humanista mexicano es y será siempre, su amor a México. •